

«Dos poemas gallegos»

«INSOMNIO»

Como unha boca bermella que frolece en sangue
faise distancia o vello corazón da cidade.

Mainos esbaran os azuis nubeiros da lembranza,
escorregando presaxios, escumas, adeuses,
para que ninguén pregunte o nome da ausencia,
para que ninguén saiba se naceron máis paxaros.

Só ti, ti coñece-lo vento e o seu segredo,
as súas mil voces de amor espandidas en ledicia,
as profundas raigañas da lembranza máis longa
que medran coa noite con teima lonxana.

Como unha boca bermella que respirase brétema
invádeno-lo esquecemento desmedido do tempo,
pero eu non te esquezo.

Somos unha cidade perdida entre as pedras,
cadavres de amadores que se aman aínda,
pero eu non te esquezo.

Só ti, ti e-lo roxo solpor das torres,
a teimosa chamada de campás na ialba;
a clave do adéus só ti a coñeces
como a fermosa ferruxe do desexo feito chuvia.

Como a miña boca medida recoñece-lo teu alento
ni infinito bafo da néboa,
os meus dedos recoñecen a casca da arbore,
a dura intransixencia das pedras.
Pero eu non te esquezo.

Vou deixa-lo recordo entre as follas secas
e queda o meu corazón docemente esquecido
e creo que son un deus que refai o teu corpo
entre mil bateladas que acoitelan o insomnio.





«INSOMNIO»

Como una boca roja que floreciera en sangre
se hace distancia el viejo corazón de la ciudad.

Mansas discurren las azuladas nubes del recuerdo,
deslizando presagios, espumas, despedidas,
para que nadie pregunte el nombre de la ausencia,
para que nadie sepa si han nacido más pájaros.

Sólo tú, tú conoces el viento y su secreto,
sus mil voces de amor dilatadas en gozo,
las profundas raíces del recuerdo más largo
creciendo con la noche con remota insistencia.

Como una roja boca que respirase bruma
nos invade el olvido desmedido del tiempo
pero yo no te olvido.

Somos una ciudad perdida entre las piedras,
cadáveres de amantes que aún se aman,
pero yo no te olvido.

Sólo tú, tú eres la roja atardecida de las torres,
la insistente llamada de campanas al alba;
la clave del adiós sólo tú la conoces
como a la hermosura herrumbre del deseo hecho lluvia.

Como mi boca húmeda reconoce tu aliento
en el interminable aliento de la niebla,
mis dedos reconocen la corteza del árbol,
la dura intrasigencia de las piedras.
Pero yo no te olvido.

Abandono el recuerdo entre las hojas secas
y dejo el corazón dulcemente olvidado
y creo que soy dios rehaciendo tu cuerpo
entre mil campanadas que acuchillan mi insomnio.

«NOVEMBRE»

O silencio é novembro medrando entre a choiva,
medrando como unha árbore frolecida en ausencias,
medrando nas raigañas que sinten que a terra
lle rabuña os instintos con paciencia de abella.

Cando tra-los cristais intúo o teu arume,
cando baixo a chuvia esmorece o tempo,
novembre se esbaltra como un sangue doce
que fose encandecendo as rúas e o silencio.

Mentres a chuvia é pulso porfiante nas veas
alvisco a túa presenza tra-los cristais;
sospeito que te agachas baixo o meu propio sangue,
que es tí quen dicta este pulso nas veas.

Cando a choiva nace co sea bafo de outono
as pedras da rúa refrexan a túa estatura
como unha sombra doce arroupada en seda roxa,
como un sangue roxo que se convirte en berro.

O silencio é novembro e és ti o seu silencio
medrando como sangue caído como chuvia,
medrando como medran as pegadas nas pedras
o se perden logo como choiva isolada.

Te pronuncio novembro e pronuncio o teu nome
e o sangue esbara polas pedras de ialma
como se fose chuvia vinda de tan lonxe
e levase o teu corpo aboiando ó infinito.

Ti te chamas novembro; chámaste choiva, sangue;
tí te chamas ausencia i é-la chuvia o teu corpo
escorregando a sóas, boiando entre a niñas veas.
E te chamas novembro; novembro, choiva, sangue...

Santiago de Galicia, noviembre de 1983

«NOVIEMBRE»

El silencio es noviembre creciendo entre la lluvia,
creciendo como un árbol florecido en ausencias,
creciendo en las raíces que sienten que la tierra
le araña los instintos con paciencia de abeja.

Cuando tras los cristales intuyo tu perfume,
cuando bajo la lluvia se desvanece el tiempo,
noviembre se desborda como una sangre dulce
que fuera enrojeciendo las calles y el silencio.

Mientras la lluvia es pulso insistiendo en mis venas
percibo tu presencia detrás de los cristales;
sospecho que te escondes bajo mi propia sangre,
que eres tú la que dictas este pulso en mis venas.

Cuando la lluvia nace con su aliento de otoño
las piedras de la calle reflejan tu estatura
como una sombra dulce envuelta en seda roja,
como una sangre roja desbordándose en grito.

El silencio es noviembre y eres tú su silencio
creciendo como sangre caída como lluvia,
creciendo como crecen mis huellas en las piedras
y perdiéndose luego como una lluvia a solas.

Te pronuncio noviembre y pronuncio tu nombre
y la sangre resbala por las piedras del alma
como si fuese lluvia venida de muy lejos
que llevase tu cuerpo flotando al infinito.

Tú te llamas noviembre: te llamas lluvia, sangre;
tú te llamas ausencia y es la lluvia tu cuerpo
deslizándose a solas, flotando entre mis venas.
Y te llamas noviembre: noviembre, lluvia, sangre...

Jorge Juan Eiroa